



DONNA LEON

Sangre o amor

Peligroso es aquel que nada tiene que perder

Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Donna Leon

Sangre o amor

Traducción del inglés por
Maia Figueroa Evans

Título original: *Falling in Love*

© 2015 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich

All rights reserved

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-322-2451-5

Depósito legal: B. 610-2015

Composición: Àtona-Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L., Madrid

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

La mujer se arrodilló ante su amante, y con el rostro y el cuerpo rígidos de pavor se miró la mano manchada de sangre. Estaba tendido con el brazo estirado y la palma vuelta hacia arriba, como rogándole que le diera algo; la vida, quizá. Ella le había tocado el pecho en un intento de que se levantara porque tenían que marcharse, pero al ver que no se movía lo había zarandeado: el dormilón de siempre, que no quería levantarse de la cama.

Entonces descubrió que la mano se le había teñido de rojo. Como en un acto reflejo, se la llevó a la boca para ahogar un grito; sabía que no debía hacer ningún ruido que delatase su presencia. No obstante, el terror pudo más que la cautela y empezó a gritar su nombre una y otra vez, diciéndose a sí misma que estaba muerto y que todo había terminado. Así, bañado en sangre.

Se miró y vio manchas rojas por todas partes: ¿cómo era posible que teniendo una palma tan pequeña hubiese esparcido tanta sangre? Se tocó los labios con los dedos de la otra, y al ver que éstos se teñían de la sangre que tenía en el rostro le sobrevino el pánico y pronunció su nombre. Era el fin. Lo llamaba sin cesar, cada vez más alto,

pero él ya no podía contestarle; ni a ella ni a nadie. Sin pensar en lo que hacía, se inclinó sobre él para besarlo, lo agarró de los hombros y trató en vano de devolverle la vida, pero todo había terminado para ambos.

De pronto se oyó un fuerte grito: el líder de la banda que había matado a su amado. Se llevó la mano al pecho. El miedo la había dejado sin habla y solamente fue capaz de quejarse como un animal herido. Volvió la cabeza y los vio. Oía el alboroto, pero no tenía ni idea de lo que decían. Sólo sabía que estaba aterrorizada. Ahora que él estaba muerto, temía por su propia vida y por lo que ellos pudieran hacerle.

Se levantó y se alejó de él sin mirar atrás. Estaba muerto y todo había tocado su fin: no quedaba esperanza ni cabía promesa alguna.

Los hombres, cuatro a la izquierda y cinco más a la derecha, aparecieron en la descuidada azotea donde había tenido lugar el asesinato. El líder dijo algo a voz en grito, pero ella ya no escuchaba a nada ni a nadie; sabía tan sólo que debía escapar y que la tenían atrapada por ambos lados. Se dio media vuelta y vio el parapeto detrás de ella: no había ningún otro edificio a su alrededor, ningún lugar a donde ir ni donde esconderse.

Tenía una opción, sí, pero sólo una: la muerte era mejor que aquello. Mejor que lo que acababa de ocurrir y que lo que sucedería si la cogían. Se tambaleó una vez, dos veces, y corrió hacia la cornisa; se subió a ella con elegancia inesperada y se volvió para mirar a los hombres que corrían hacia ella. «*O Scarpia, avanti a Dio*», gritó. Y después saltó.

La orquesta sumió la escena en un largo estallido de música, como siempre al final de aquel giro tan manido. Pero

de pronto se hizo un silencio pasmado entre el público, que acababa de darse cuenta de lo que había visto y oído. Desde Callas —y de eso hacía ya más de medio siglo— no se había oído una *Tosca* como aquélla. Había matado a Scarpia, ¿verdad? Y esos desgraciados de uniforme habían hecho más que fingir pegarle un tiro a su amado. Y no cabía duda de que ella había saltado al Tíber. Dios sabía que las dotes de actriz de aquella mujer eran excepcionales, pero aún era mejor cantante. Todo había resultado real: el asesinato, la traicionera falsa ejecución y el salto final, cuando a ella no le quedaba nada ni tenía nada que perder. Paparruchas románticas, y una auténtica parodia. Y, sin embargo, si todo eso era cierto, ¿por qué estaban los asistentes despellejándose las palmas de las manos de tanto aplaudir y vitoreando como locos?

Lentamente, el telón se abrió desde el centro y Flavia Petrelli apareció a través del hueco. Llevaba un vestido de un rojo intenso y una diadema, que al parecer había sobrevivido el salto al río. Miró al público y poco a poco se le iluminó el rostro con deleite y asombro. ¿Por mí? ¿Todo ese ruido es por mí? Sonrió aún más y levantó una de las manos —limpia como por arte de magia de la sangre, o lo que fuera que hubiesen utilizado para simularla— y se la llevó a la piel desnuda del pecho, sobre el corazón, como para obligarlo a permanecer en su lugar pese a tanta emoción.

Poco después la retiró y extendió un brazo como si quisiera abarcarlos a todos, seguido del otro: quedó así a merced de la ovación. Ambas manos volvieron al pecho, y entonces se inclinó con elegancia para hacer un gesto a medio camino entre una reverencia y una genuflexión.

Los vítores aumentaron y distintas voces masculinas y femeninas gritaron «*Brava*», o en el caso de aquellos espectadores que eran o bien ciegos o bien extranjeros, «*Bravo*». No parecía importarle, siempre y cuando siguieran aclamándola. Hizo una nueva reverencia y por último alzó la cara para bañarse en aquella cascada de aplausos.

La primera rosa, de tallo largo y amarilla como el sol, cayó justo delante de ella. Casi sin quererlo, apartó el pie como si temiese estropearla o herirse con las espinas, y después se agachó a recogerla tan despacio que el gesto parecía estudiado, ensayado. Se la colocó frente al pecho y cruzó las manos sobre ella. Al verla le había flaqueado la sonrisa —¿Es para mí? ¿De verdad?—, sin embargo, el rostro que ofreció a los palcos superiores resplandecía de alegría.

Las rosas empezaron a caer como llamadas por su reacción. Primero dos, después tres, lanzadas una a una desde la derecha; y cada vez más y más, hasta que tuvo docenas a sus pies y se convirtió en una especie de Juana de Arco con los tobillos enterrados en la hierba.

Flavia sonrió en mitad del estrépito de palmas, hizo una nueva reverencia, se apartó de las rosas y atravesó el telón. Enseguida apareció de la mano de su amante resucitado y, al verlo, el público volvió a estallar en vítores como el griterío de los secuaces de Scarpia. El entusiasmo rozaba el delirio que tan a menudo provocaba la mera presencia de un joven tenor capaz de dispensar con generosidad las notas más altas. Ambos miraron con aprensión las tablas del escenario, tratando de no aplastar la alfombra de rosas, pero pronto cejaron en el intento.

Respondiendo por instinto a algún matiz que le decía que los aplausos eran para él, Flavia dio un paso atrás y se unió al público y aplaudió con las manos en alto. En el

instante en que la ovación empezó a amainar, regresó a su lado, lo cogió del brazo, se apoyó en él y le besó la mejilla: el beso cordial que se da a un hermano o a un buen compañero. Él, a su vez, la tomó de la mano y se la levantó por encima de la cabeza, como se anuncia el ganador de un concurso.

El tenor se hizo a un lado para hacerle sitio sin prestar atención a las rosas que estaba pisando y, cuando ella atravesó la cortina, la siguió. Un momento después, un Scarpia resucitado, con la pechera de brocado de la chaqueta aún encarnada, salió al escenario y se colocó a la derecha, donde logró evitar la mayoría de las rosas. Hizo una reverencia, luego otra, y por último se cruzó las manos sobre el pecho ensangrentado para mostrar su gratitud. Entonces se acercó a la abertura que había entre las dos mitades del telón, tendió el brazo y sacó a Flavia, que salía de la mano del joven tenor. Scarpia guió hacia la derecha a la hilera de personajes que poco antes estaban muertos y todos pisaron las flores. El dobladillo del vestido de Flavia las barrió hacia un lado. Alzaron las manos unidas y se inclinaron al unísono con la misma expresión radiante y transformada por el placer y la gratitud ante el reconocimiento del público.

Flavia se soltó del trío y volvió a atravesar la cortina, esa vez para emerger de la mano del director de orquesta. Era el más joven de los que estaban sobre el escenario, pero su serenidad no tenía nada que envidiar a la de sus compañeros. Se dirigió al frente sin reparar en las flores y recorrió el público con la mirada. Sonrió, hizo una reverencia y con un gesto indicó a los músicos de la orquesta que se pusieran en pie para recibir el aplauso que les correspondía. El director se inclinó de nuevo y acto seguido retrocedió y se colocó entre Flavia y el tenor. Los cuatro

regresaron al frente, inclinaron las cabezas y repitieron el gesto, siempre satisfechos y agradecidos. El énfasis de los espectadores descendió sensiblemente, y Flavia, atenta, saludó a la platea con alegría, como si estuviera a punto de subirse a un tren o a un barco, y condujo a sus colegas tras la cortina. El aplauso amainó poco a poco, y al ver que los cantantes no reaparecían acabó por enmudecer hasta que se oyó una voz masculina desde el primer palco gritando «*Evviva Flavia*» y reavivó los aplausos de manera enloquecida. Finalmente se hizo un silencio roto sólo por el murmullo y las conversaciones en voz baja del público a medida que se acercaba a las salidas.

2

Detrás del telón acabó la pantomima. Flavia dejó a los tres hombres atrás sin decirles ni una palabra y se dirigió a su camerino. El tenor la miró con la misma expresión que había animado el rostro de Cavaradossi mientras pensaba en sus «*dolci baci, o languide carezze*», cuya pérdida era peor que la muerte. Scarpia sacó el *telefonino* para llamar a su mujer y decirle que llegaría al restaurante al cabo de veinte minutos. Por su parte, el director de orquesta, a quien sólo le importaba que Flavia respetase sus *tempi* y cantase bien, se despidió de sus compañeros con un gesto de cabeza y se fue a su camerino.

De camino, en mitad de un pasillo, a Flavia se le enganchó el tacón en el dobladillo del vestido escarlata y dio un traspié, pero una de las ayudantes de vestuario la salvó de caer al suelo. La joven reaccionó rápido y resultó ser sorprendentemente fuerte: rodeó a la cantante con los brazos y consiguió soportar su peso y el ímpetu del tropezamiento sin que ninguna de las dos se cayera.

Tan pronto como pudo recuperar el equilibrio, Flavia se separó de la joven.

—¿Estás bien?

—No es nada, *signora* —dijo la ayudante mientras se frotaba el hombro.

Flavia le tocó el brazo.

—Gracias por atraparme.

—Ha sido sin pensar: la he cogido y ya está. Con una caída por noche ya es suficiente —añadió—, ¿no le parece?

Flavia asintió, le dio las gracias de nuevo y continuó hacia el camerino. Antes de abrir la puerta hizo una pausa: se había echado a temblar por el efecto retardado del susto y por las venas aún le corría el habitual torrente de adrenalina de las representaciones. Estaba un poco mareada, así que apoyó una mano en el quicio y cerró los ojos. Dejó pasar unos instantes, hasta que el sonido de unas voces al otro extremo del pasillo la reanimó y por fin abrió la puerta.

Rosas. Rosas a diestro y siniestro. Rosas por doquier. La imagen de las docenas y docenas de flores y los jarrones que cubrían todas las superficies de la estancia le cortó la respiración. Entró y cerró la puerta. Inmóvil, contempló aquella marea amarilla. De pronto descubrió un detalle que aumentó su inquietud: los jarrones no eran los habituales recipientes desportillados y manchados de pintura que los teatros solían utilizar para esos menesteres, pues ya no servían para el atrezo.

—*Oddio* —musitó.

Volvió a salir por la puerta, que aún estaba abierta.

A la izquierda encontró a su ayudante de camerino, una mujer de melena oscura que por edad podría haber sido la madre de la chica de vestuario que le había evitado la caída. Como siempre tras las representaciones, estaba allí para recoger el vestido y la peluca de Flavia y llevárselos al almacén.

—Marina, ¿has visto quién ha traído las flores? —se atrevió a preguntar.

Las señaló y se apartó para dejarla pasar.

—*Oh, che belle* —exclamó su ayudante—. Habrán costado una fortuna: ¡hay una barbaridad! —De pronto ella también se percató de los floreros—. ¿De dónde han salido los jarrones?

—¿No son del teatro?

Marina negó con la cabeza.

—Los de aquí no son así. Éstos son de verdad. —Al ver la confusión de Flavia, señaló un florero alto de rayas blancas y transparentes—: Quiero decir que son de cristal: ése es un Venini. Lo sé porque Lucio trabajaba allí.

—No entiendo nada —admitió Flavia.

Atónita, pues no tenía claro cómo habían acabado hablando de algo así, se dio media vuelta.

—¿Me bajas la cremallera?

Levantó los brazos y Marina la ayudó a quitarse primero los zapatos y luego el traje. Flavia cogió la bata que descansaba en el respaldo de una silla, se sentó frente al espejo y casi sin pensar empezó a retirar la gruesa capa de maquillaje. Marina colgó el vestido al otro lado de la puerta y se colocó detrás de Flavia para quitarle la peluca: metió los dedos por la base, se la levantó y después le despejó el ajustado gorro de goma que le cubría el pelo. En cuanto tuvo la cabeza descubierta, Flavia se hundió los dedos y se rascó el cuero cabelludo durante todo un minuto, suspirando de alivio y gusto.

—Todos dicen que eso es lo peor —dijo Marina—: la peluca. Desde luego, yo no sé cómo lo aguantáis.

Flavia separó los dedos y se frotó la cabeza con energía. Sabía que en aquella habitación tan calurosa se le secaría enseguida. Lo llevaba corto como un chico y ése era

uno de los motivos por los que raramente la reconocían por la calle: los admiradores y admiradoras tenían en mente a la belleza de larga melena que habían visto sobre el escenario, no a una mujer con el pelo corto, rizado y salpicado de pinceladas grises. Se frotó la cabeza con más fuerza, disfrutando del alivio que le suponía tener el cabello seco.

Sonó el teléfono y contestó a regañadientes diciendo su nombre.

—*Signora*, si es tan amable, ¿cuánto tiempo tardará?
—preguntó una voz masculina.

—Cinco minutos —respondió ella tal y como hacía siempre, tanto si iba a tardar eso o media hora más.

Sabía que la esperarían de todos modos.

—Dario —dijo antes de que el hombre colgase—, ¿quién ha traído las flores?

—Han llegado en lancha.

Dado que estaban en Venecia, no era probable que las hubiesen traído por ningún otro medio, pero se limitó a preguntar:

—¿Sabes quién las envía o de quién era la lancha?

—No lo sé, *signora*. Eran dos hombres y lo han dejado todo en la puerta. —Después de un momento, añadió—: Por eso no he visto la barca.

—¿No han dejado un nombre?

—No, *signora*. Pensé que... Bueno, son tantas que creí que usted sabría de quién se trataba.

—Cinco minutos —repitió ella sin responder al último comentario, y colgó.

Marina se había llevado consigo el vestido y la peluca, y la había dejado a solas en el silencio del camerino.

Mirándose fijamente en el espejo, tomó un puñado de pañuelos de papel y se quitó casi toda la pintura de la

cara. Como sabía que había gente esperándola a la salida, se puso rímel y tapó las señales de cansancio que le asomaban por debajo de los ojos con una fina capa de maquillaje. Cogió un pintalabios del tocador y se lo aplicó con cuidado. De pronto se sintió tan cansada que cerró los ojos y esperó a que la adrenalina luchase contra la oleada y la sacara a flote. Los abrió, observó los objetos que había sobre la mesa, sacó una bolsa de tela de un cajón y lo arrastró todo dentro: maquillaje, peine, cepillo, pañuelos. Ya nunca llevaba nada de valor al teatro; ni a ése ni a ningún otro: en Covent Garden le robaron el abrigo; en el Palais Garnier, la libreta de direcciones. Era lo único que se habían llevado del bolso, que estaba guardado en un cajón. ¿Quién querría su listín? Hacía tantos años que tenía aquella libreta que nadie iba a ser capaz de descifrar el batiburrillo de nombres, tachones y direcciones, correos electrónicos y los números de teléfono que le permitían seguir en contacto con sus compañeros de profesión, un oficio insólito y de geografía líquida. Por suerte, guardaba la mayoría de la información en el ordenador, pero tardó semanas en recuperar el resto, y cuando tuvo todos los datos no encontró ninguna agenda que le gustase. Al final optó por fiarse del ordenador y rezar por que no se le colase ningún virus y lo hiciera desaparecer todo.

La de esa noche había sido la tercera representación y, por lo tanto, debía de haber gente esperando. Se puso un par de medias negras y la falda y el jersey que llevaba antes de la función. Se calzó, sacó el abrigo del armario y se echó al cuello una bufanda roja, como el vestido de Tosca. A menudo Flavia comparaba sus bufandas y fulares con un *hiyab*, pues no se atrevía a salir de casa sin llevar una prenda al cuello.

Se detuvo al llegar a la puerta y miró el camerino:

¿era ésa la realidad que venía a desmontar el sueño del éxito? Una habitación pequeña e impersonal que durante un tiempo ocupaba una persona y al mes siguiente, otra; un armario pequeño; un espejo rodeado —como en las películas— de bombillas; un suelo desnudo y un pequeño baño con una ducha y un lavamanos. Así de sencillo era: si tenías todo aquello, eras una estrella. Y como ella lo tenía, debía de serlo. Sólo que no se sentía como tal. Se sentía como una mujer con los cuarenta cumplidos —no le quedaba más remedio que admitirlo—, que acababa de pasar dos horas de durísimo trabajo y que ahora tenía que salir a sonreír a gente anónima que quería un pedacito de ella, que quería ofrecerle su amistad, su confianza. Tal vez quisieran incluso ser sus amantes.

Sin embargo, lo único que Flavia deseaba era ir a un restaurante, comer algo, beber un poco de vino, irse a casa para llamar a sus hijos, darles las buenas noches y, una vez la excitación de la función hubiese disminuido y la vida normal pudiera continuar su curso, meterse en la cama e intentar dormir. Cuando trabajaba en producciones en las que conocía a los compañeros y éstos le caían bien, solía agradecer la camaradería de la cena después de la representación, las bromas y las anécdotas sobre agentes y representantes y directores teatrales, la compañía de aquellos con quienes acababa de vivir el milagro de crear música. Pero allí, en Venecia, una ciudad en la que había pasado mucho tiempo y donde debería conocer a mucha gente, no tenía ningún deseo de relacionarse con ellos: un barítono que solamente hablaba de sus éxitos, un director de orquesta que no se molestaba en ocultar su mala opinión de ella y un tenor que parecía haberse enamorado sin que le hubiese dado —y se miró a sí misma a los ojos mientras se aseguraba esto en silencio— ni la menor es-

peranza. No sólo era poco más de diez años mayor que su hijo, sino que era demasiado inocente como para resultarle una persona interesante.

Cuando se hallaba junto a la puerta se dio cuenta de que había conseguido no pensar en las flores. Ni en los floreros. Pero si el hombre que se las había enviado estaba a la salida, le convenía que la vieran al menos con un ramo.

—Al diablo con él —le dijo a la mujer del espejo, y ésta respondió con aire de sabiduría, asintiendo con la cabeza.

La primera vez había sido en Londres, dos meses antes, después de la última función de *Nozze*: una lluvia de rosas amarillas la primera vez que salió al escenario a saludar, y lo mismo las siguientes. Cuando actuó en solitario en San Petersburgo, las rosas cayeron en medio de otros muchos ramos más tradicionales. La manera en que algunos espectadores rusos, en su mayoría mujeres, se acercaron al escenario tras su actuación para entregarle los ramos en mano le pareció encantadora. A Flavia le gustaba verle los ojos a todo aquel que le dijese algo bonito o le regalara flores: convertía el gesto en algo mucho más humano.

Y finalmente, el día del estreno en Venecia, sucedió de nuevo: decenas de rosas cayendo como un torrente dorado, si bien en el camerino no la esperaba ninguna. La lluvia se había repetido esa noche, aunque no había ningún nombre, ninguna nota ni dato alguno que explicase aquel exceso.

Se estaba entreteniéndolo para no tener que decidir qué hacer con las rosas, en parte porque tampoco tenía ganas de salir a firmar los programas ni de charlar con extraños ni mucho menos con aquellos admiradores que

acudían a muchas de las funciones y asumían que la frecuencia les otorgaba cierta familiaridad.

Se colgó la bolsa de tela al hombro y se pasó las manos por el pelo: lo tenía seco. Su ayudante de camerino se aproximaba por el otro extremo del pasillo.

—Marina.

—Si, *signora* —respondió la mujer según se acercaba.

—Si quieres, puedes llevarte las rosas a casa. Tú y las otras chicas de vestuario. Todas las que queráis.

Tardó unos segundos en responder y Flavia se sorprendió: ¿acaso les regalaban enormes ramos de rosas a menudo? De pronto el rostro de Marina se iluminó con evidente alegría.

—Es usted muy amable, *signora*. Pero ¿no quiere llevarse ninguna? —le preguntó, y señaló la salita, donde las flores relucían como la luz del día.

Flavia no quería ni pensarlo.

—No, todas para vosotras.

—¿Y los jarrones? —quiso saber Marina—. ¿Ya estarán a salvo si los dejamos aquí?

—No son míos, también os los podéis quedar —contestó Flavia, y le dio una palmadita en el brazo—. El Venini para ti, ¿vale? —añadió con complicidad.

Se dio media vuelta y se dirigió al ascensor que la llevaría hasta los pacientes admiradores.